

niño se pusiera a llorar en lugar de estudiar?—¿pero qué tiene ese niño por qué llora así?—porque lo han puesto a estudiar y no quiere; dice que tiene gana de saber tocar, pero de una vez, sin tener que estudiar, ¿sería eso posible? pues así somos nosotros; nos gustaría ser santos sin ningún esfuerzo; quisiéramos practicar las virtudes sin tener que luchar, y eso, hijos míos, es imposible. Tenemos que vencernos y estarnos contrariando a todas horas, pero hemos de tolerarnos con paciencia sin desesperarnos ni enojarnos, sin violentarnos, como a veces sucede que decimos:—«¡Ya me aburro de ser siempre el mismo, que fastidio!» y todos los días ha de ser igual, porque somos miserables; tenemos que caer, pero nuestras caídas en lugar de desesperarnos, nos han de servir para levantarnos más llenos de humildad.

¿Por qué creen un día perdido, cuando han estudiado el modo de practicar alguna virtud? porque ese día no han rezado mucho, ni han sentido gusto en la oración, y tal vez han estado menos recogidos, se contrarían y dicen:—«he perdido el tiempo, no he aprovechado para nada.»—¿Vds. creen que la santidad consiste en mucho rezar, mucho pedir, mucho clamar; y nada practicar? no hijos míos, ¿de que le serviría a un profesor de música por ejemplo, ser puramente teórico y en la práctica no poder hacer nada? A mi la verdad es que, si se me presentaran dos maestros, uno que conociera la teoría de la música admirablemente, y otro que sin conocer una sola nota, tocara muy bien, prefiero al que toca aunque no conozca la música. Pues lo mismo es el alma; hay que practicar la virtud para adelantar en ella; si no, nunca haremos nada. Por eso, cuando Vds. hayan estado un día queriendo ver cómo aprenden la paciencia, cómo aprenden la obediencia, cómo aprenden la humildad, ese no puede ser un día perdido; se han estado ensayando para aprender a vencerse, y han agradado a Dios Nuestro Señor. Es como cuando el niño que quiere aprender a tocar y se empeña y se ensaya, cuando él llega a poder tocar la primera pieza su madre se encanta con él; pues lo mismo siente Dios cuando ve que un alma se está ensayando en practicar la virtud; esos vencimientos forman una melodía dulcísima para sus oídos.

Mucho nos ama Dios, hijos míos, y cualquier esfuerzo que nosotros hagamos por insignificante que sea, para ser humildes, para ser dulces, para ser santos, es agradable a sus ojos. Por eso hemos de procurar serlo; hemos de tener mucha dulzura porque es una virtud encantadora. Por supuesto que si yo a Vds. les pregunto si son dulces, todos me dicen que sí, porque ya creen que lo son; luego alguno me pregunta; «¿pues que no soy dulce? si yo ya me siento lleno de dulzura.» Pero eso no es verdad; todavía no es dulce ninguno; a mi me sabe su dulzura de Vds. a membrillate que siempre tiene su resabio agrio.

Y ahora que Nuestro Señor nos habla del dominio que El tiene sobre las almas, nos hemos de dominar nosotros, para combatir nuestra pasión dominante, nuestro defecto principal, pero teniendo mucha paciencia para tolerarnos, y una gran confianza en Dios. Porque cuando Vds. están de mal humor, se les figura que Dios no los oye, y piensan: «¡yo no sé qué le pasa a Nuestro Señor pero ahora no se